

(01028)

Entrevistas, reuniones y fiestas

López acomodó a Piquito en un pequeño cuarto que daba al pasillo, próximo a su despacho, donde el chaval estuvo hasta media mañana jugando en un ordenador conectado a Internet.

Pasaban las once cuando Susana se presentó a su cita con López. O por mejor decir, cuando acudió a la llamada del empresario.

Había llegado a la recepción de visitantes, se había identificado, y Núñez le había franqueado la entrada, indicándole que subiera al tercer piso y se dirigiera a la puerta del fondo.

Cuando caminaba por el pasillo, por la rendija de una puerta entreabierta, creyó ver a Piquito sentado delante del teclado de un ordenador, y hubiera vuelto unos pasos atrás de no haberse sentido vigilada por las cámaras de seguridad instaladas en el pasillo.

Llamó a la puerta del despacho del empresario, quien ya estaba informado de la llegada de la periodista al edificio, y desde dentro la invitó a pasar, pues no tenía por costumbre levantarse para abrirle la puerta a un empleado suyo.

Cuando Susana entró en el despacho, López quedó sorprendido. Era una belleza un tanto exótica que ni por asomo se esperaba cuando Evaristo dijo que enviaría a una chica de la redacción. De haberla visto anteriormente nuestro hombre no hubiera olvidado a Susana.

Sin levantarse de su sillón la invitó a tomar asiento. López no disponía de mucho tiempo antes de su ineludible cita en el ayuntamiento, por lo que fue directo al grano, interrogando a la chica sobre su conocimiento de los medios de comunicación escritos, preguntando sobre las diferencias entre un periódico, ya semanario ya diario, y una revista.

López mostró interés sobre la organización del trabajo en una editorial: diseño, maquetación, contenidos, impresión, distribución..., promoción, anunciantes, feedback del lector tipo..., preguntas a las que Susana fue respondiendo sin dubitaciones, lo cual fue del agrado del empresario, que la juzgó capaz, al menos, de echar a andar la imprenta gráfica que tenía pensado adquirir.

Se interesó especialmente por otros usos que pudieran darse a aquellas máquinas, y lamentó saber que las rotativas sólo servían para eso, para imprimir sobre rodillos de papel continuo, aunque bien es verdad que López aún no sabía qué iba a adquirir en aquel lote... en el supuesto de que finalmente comprara algo.

Quiso saber algo más sobre la propia muchacha, sobre su pasado como estudiante, su vida actual y sus aspiraciones profesionales, pero Susana se mostró recelosa de facilitar información, aunque entendía que estas preguntas de corte personal habían de contribuir a su perfil profesional.

Finalmente López, complacido tanto por la imagen de la joven —aunque él le daría unos retoques— como por la profesionalidad que había mostrado, y sabedor de que tampoco conocía a nadie más del mundo de la imprenta —y sin querer reconocer que la chavala le había interesado más allá de lo estrictamente profesional—, le lanzó la pregunta.

—Señorita Crespo, ¿estaría usted interesada en trabajar en la dirección de un medio escrito de comunicación, aunque no trascendiera de los límites comarcales?

Susana repensó la respuesta. Eso de los límites comarcales sonaba un tanto ambiguo, y en lo de trabajar en la dirección cabían muchos matices.

—Estoy interesada en trabajar en aquello para lo que estoy cualificada académica y profesionalmente.

A López le agradó la respuesta tanto como que en la voz de Susana no se percibiera ningún atisbo de emoción. La muchacha parecía discreta, cualidad que siempre era alabada por este hombre emprendedor.

—Muy bien, señorita Crespo. Me tomo esa respuesta como un sí. Está usted trabajando en la emisora como *freelance*, ¿no es cierto?

—Sí... Allá hacen bromas llamándome becaria, pero si por ello se entiende el trabajo en prácticas, hace tiempo que soy licenciada —Susana no supo por qué añadió esto último, quizá cansada ya de la broma de la becaria, y espero no haber dicho ninguna inconveniencia.

—Entiendo su malestar. En cuanto me sea posible trataré de corregir nuestra relación laboral. El Rayo ahora está pendiente de diversas acciones y no la menos importante pasa por un gabinete de comunicación. Mi idea, si se dan las condiciones necesarias, es que usted forme parte de nuestro organigrama. Me es imposible avanzarle más sin infringir ciertos compromisos por mi parte. Pero me gustaría poder contactar con usted directamente si hemos de volver a concertar una cita.

López se levantó de su sillón dando la entrevista por concluida y Susana hizo lo propio; el industrial le tendió la mano que la joven estrechó con carácter.

—Señorita Crespo, si es tan amable de dejar en la entrada, al guarda de seguridad, su teléfono, le quedaré muy agradecido.

—Por supuesto, señor López.

Susana dio media vuelta y se dirigió a la salida; le molestó que López no se dignara acompañarla hasta la puerta.

Una vez en el pasillo caminó despacio para tener tiempo de ver si era Piquito el joven en aquella estancia. Por el resquicio de la puerta pudo ver al futbolista enfrascado en atormentado frenesí sobre el teclado. No podía estar escribiendo... Todo aquello resultaba muy raro... Recordó las cámaras de seguridad en el pasillo y no queriendo dar que hablar se encaminó hacia el ascensor.

Piquito, ajeno a las miradas subrepticias de Susana, estaba matando marcianos en un juego espacial *online*, y así continuó por espacio de veinte minutos más, hasta que López llamó a la puerta del despachito.

Fiel al pacto que había hecho con el empresario, el joven se levantó como un resorte a disposición del que ahora era su jefe de facto, pues no estaba muy claro quien era el jefe en el Rayo, donde había tantos que mandaban...

López había dispuesto las cosas para llegar al ayuntamiento con puntualidad británica. Una vez en la planta baja, Basáñez se les unió saliendo por una puerta disimulada en la pared, frente al mostrador del guarda, en la que Piquito no había reparado antes, y portaba un maletín negro con un anagrama que el deportista reconoció como el logotipo de Industrias López&Asociados.

Salieron a la calle, donde un Mercedes blanco les que aguardaba en la acera. El taxista, al verles llegar, bajó del vehículo para abrir la puertezuela trasera. Caminaban en silencio por la pequeña explanada que había delante del edificio, yendo Piquito en el medio de aquellos dos depredadores de las finanzas; y sin saber por qué, se sintió importante.

Subieron al taxi y López apremió al taxista para que les llevara al ayuntamiento, indicándole que debía dar un breve rodeo, lo que no dejó de intrigar a Piquito. Pasaron por delante de la imprenta de La Tribuna de Mospintoles. Las persianas estaban a medio echar, y allí no se veía un alma.

Al doblar la siguiente esquina en dirección a los jardines situados delante de la Casa Consistorial, aparcado junto a la acera, había un autobús de dos pisos transformado en guagua, sin techo en la parte superior que estaba decorado con carteles y propaganda del Rayo.

Piquito, que iba junto a la ventanilla, fue incapaz de reprimir una exclamación de sorpresa y regocijo: en la acera se encontraban unas personas con la cara pintada y ataviados con los colores del Rayo. Estaban distribuyendo pasquines entre los viandantes y junto a ellos había una charanga tocando pasacalles animadamente; la gente se agolpaba junto a ellos y los niños bailaban y saltaban al son de la música en un ambiente festivo.

El taxi se fue alejando poco a poco de aquel lugar, cercano al edificio del Ayuntamiento, y Piquito volvió la cabeza para no perder de vista la escena

hasta que doblaron una esquina. De alguna manera —lejana y ausente— él era el artífice de aquella fiesta, y había pasado junto a aquella muchedumbre sin que advirtieran su presencia. Todo aquello tenía un aire irreal, como en una de esas películas inglesas, que aburrían a Piquito.

En el taxi, López y Basáñez intercambiaron unas miradas cómplices.
—Tiene usted el teléfono del encargado de la representación—pidió confirmación López a su factótum.
—Descuide, López. Le he llamado antes de salir y la comunicación funciona. Esperemos que la tecnología no nos juegue una mala pasada.
—No sea usted agorero, Basáñez. Nunca lo es.

Basáñez ahogó una sonrisa calculada, como de asentimiento.

Llegaron junto al Ayuntamiento y López ordenó al taxista que aguardara allí hasta que volvieran. Junto a los jardines había una parada de taxi, y el conductor estacionó el vehículo al final de la zona habilitada a estos servicios públicos.

Los tres bajaron del taxi, y Piquito, junto a ellos, sin saber a qué venían ni por qué estaban allí, volvió la vista hacia el final de la calle, como esperando ver de nuevo la fiesta que se estaba perdiendo; de buena gana hubiera vuelto sus pasos hacia ellos pues sentía que algo de él quedaba allí.

López y Basáñez cruzaron la calle y Piquito les siguió demorando el paso. Cuando entraron en aquel edificio rehabilitado y modernizado que llevaba más de un siglo siendo sede del Consistorio se dirigieron a Oficinas generales, donde informaron a la persona que les atendió, que respondía al nombre de Mari Pili, de que tenían una cita con el señor alcalde.
—¡Uy, sí! Ya sé quienes son. Segis les está esperando en su despacho, en el piso de arriba.

A López le molestó la familiaridad con que la muchacha les trató tanto a ellos como al alcalde. Pero allí no había nadie más. El resto de funcionarios debían estar tomando el café... Todos al mismo tiempo, como reza la tradición en España.

Cuando se disponían a salir de las Oficinas Generales para dirigirse a la planta superior, Mari Pili, ni corta ni perezosa, se dirigió a Piquito:
—¡Oye, chaval! Tienes que firmarme un autógrafo para que mis amigas me crean cuando les diga que has estado conmigo.

A Piquito el desparpajo de la rubia Mari Pili le agradó; con una sonrisa de oreja a oreja aceptó gustoso el bolígrafo que le tendían y se dispuso a firmar.
—Pero pon: "A Mari Pili con todo mi cariño". Y firmas.

Piquito se embarazó un tanto. Sabía escribir, pero aunque le hubieran dado cien euros en aquel momento no habría podido decir cuando fue la última vez que escribió algo. Posiblemente fue añadiendo algo a la lista de la compra que hacía su madre.

López observaba la situación entre divertido y molesto por las confianzas que se estaba tomando la secretaria, y el más que perceptible encogimiento que sufrió Piquito fue interpretado correctamente por López cuando reparó en la letra redondilla con la que Piquito escribía sumamente despacio. Demasiado despacio para su gusto, impaciente por llegar a su cita cuanto antes.

—Habrás que hacer también alto al respecto —le susurró López a Basáñez, quien tampoco perdía un ápice de la escena.

—Habrás que irle persuadiendo de esa necesidad —convino éste.

Rubricado el autógrafo y sin esperar al agradecimiento de Mari Pili, no fuera a ser que se tomara nuevas libertades, López instó a Piquito a seguirles. Subieron por las escaleras, y en el descansillo el hombre de finanzas hizo un alto para aleccionar a Piquito sobre su cometido.

—Piquito, hemos venido aquí a una reunión muy importante para el Rayo. Todo puede llegar a depender de las formas..., de lo que hagamos —se corrigió el empresario—. Ahora vamos a ver al alcalde. Has de saludarle cortésmente, como eres tú siempre. Pero cuando nos vayamos a sentar te excusas y dices que tienes que marcharte. Lo que vas a hacer es irte a los jardines del ayuntamiento, y esperarnos allí.

—¿Donde el taxi? —cortó Piquito.

—Sí, por allí cerca. ¿Recuerdas el autobús con la música? Pues en poco tiempo estarán ahí. Ellos te van a reconocer —añadió mirando fijamente a Basáñez—, y quiero que te sumes a la fiesta y que firmes autógrafos, que te los van a pedir.

López comenzó a subir el último tramo de escaleras, cuando una nueva idea sin expresar le detuvo:

—Pero sin dedicatorias —matizó—. Lo que quiero es que el alcalde vea lo popular que eres en todo Mospintoles. Subamos.

Ya en la planta superior les fue sencillo encontrar el despacho de Alcaldía. Antes de franquear aquella última puerta les atendió la secretaria particular del Alcalde, a la que comunicaron el motivo de su visita, y tras la inevitable llamada por el intercomunicador, les invitaron a pasar.